

LETRAS UNA SENSACIONAL NOVELA DE LA ATRACCIÓN POR LA AVENTURA Y EL SURF

Finnegan o los que persiguen las olas



El periodista y escritor William Finnegan con la tabla de surf y un amigo, antes de ir al mar. ARCHIVO ASTEROIDE

LETRAS NORTEAMERICANAS

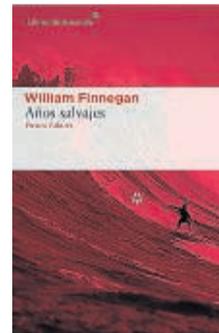
Años salvajes

*William Finnegan.
Premio Pulitzer de Biografía
y Memorias 2016.
Traducción de Eduardo Jordá.
Libros del Asteroide.
Barcelona, 2016, 600 páginas.*

Años salvajes' nos sube a una tabla de surf que es como una alfombra voladora en la que sobrevolamos las Islas Hawai, Polinesia, Indonesia, Australia, Sudáfrica... persiguiendo olas como devotos de una religión que aspira a hallar en este mundo cochambroso un instante de perfección.

William Finnegan es un prestigioso periodista de 'New Yorker'

especializado en política y reportajes de carácter social. Durante décadas ha silenciado su afición: «No estaba seguro de que salir del armario como surfista me ayudase en mi carrera. Los analistas políticos especializados podrían decirme: "pero hombre, si solo eres un surfista idiota, ¿cómo te atreves a opinar de esas cosas?"». Al pasar la frontera de los 60 ha decidido contar todo en este libro hipnótico que surfea sobre los años 60 y 70 en pleno hippismo, las turbulencias por la Guerra de Vietnam, la contracultura, la moda del orientalismo, los beatniks... Él buscó su propio Shangri La en la soledad de las playas más rugientes.



«California Street era una larga playa de guijarros y, a mis diez años, las olas que rompían sobre su lecho me parecían llegar desde un taller celestial». Ese niño con los ojos como platos por el asombro era William Finnegan: «Yo quería estar allí, en el agua, aprendiendo a bailar sobre las olas».

Y aprendió. Sus padres, productores televisivos, se mudaron a Hawai –acabaron trabajando en la serie 'Hawai 5.0'– y, aunque no estaban en la mejor zona de Honolulu, él convirtió las rompientes de Diamond Heads en su sala de juegos. Nos describe entre ola y ola la atmósfera de esa segunda mitad de los años 60 en los Es-

tados Unidos, con los ecos amargos de Vietnam, el escapismo del LSD, la música de Van Morrison... y sobre todo un ansia por auparse por encima de esa actualidad mediocre de un país donde los únicos valores que se aprecian son los que cotizan en bolsa.

Después de trabajar un tiempo en los ferrocarriles, toma los ahorros, rompe con todo y se larga con su tabla de Surf a las Islas Fiyi sin billete de vuelta. Durante años, realizando trabajos de subsistencia como peón o pinche de cocina, viaja por la Polinesia, Java, Bali, Australia y llega hasta Ciudad del Cabo en busca de esas olas sobre las que es posible volar. No rehúye en el libro la reflexión de que quizás era una vida egoísta y despreocupada. Una muchacha le dice que no es muy distinto de los chulitos de Playa de California, Florida, sin planes ni preocupaciones para el día de mañana. Pero hay en ese esfuerzo por mejorar la técnica, por sufrir en medio del oleaje y pasar penurias para llegar a sitios agrestes entre acantilados, algo soberbio.

Finnegan en persona es un hombre extremadamente amable que lo sabe todo sobre la política norteamericana pero al que ha pillado desprevenido –y horrorizado– el triunfo de Trump. Aprovecho su visita a España para saber que sucede allá, mar adentro, cuando uno se queda solo. En el libro habla de esos momentos de peligro y éxtasis en que toman una ola de varios metros de altura con toneladas de agua y se meten dentro de ella, se pierden de vista unos segundos hasta que, si todo va bien, reaparecen al otro lado del túnel de agua.

«Cuando se entra en el tubo y se cierra el labio... ¿Que hay allí dentro?», le digo. «A veces el tubo se empieza a cerrar y te das cuenta de que no lo vas a conseguir y tienes que empezar a planear como salir de allí y no hacerte daño. Porque la mayor parte de las veces en las que intentas entubarte, es decir, cuando te arriesgas, te acercas a la cara de la ola y dejas que el tubo, si es que lo hay, se forme sobre ti, la mayor parte de esas veces no consigues salir de allí. Haces una apuesta, una apuesta con pocas posibilidades de éxito, así que la mayor parte de las veces, cuando el tubo se cierra lo que sientes es felicidad, pero también miedo porque tienes que planificar cómo no hacerte daño. Pero hay unas pocas veces en que tus posibilidades de éxito parecen claras, cuando parece que tienes todo bajo control, ves la luz al final del tubo y te dices, sí, lo voy a conseguir. Y si el tubo es largo y limpio tienes hasta tiempo para relajarte y disfrutarlo, para pensar, lo estoy consiguiendo, y esos son los momentos en los que disfrutas a tope, no tienes prisa, no tienes miedo, y puedes apreciar el silencio y la belleza del lugar donde te encuentras. Te da la sensación de que el tiempo se detiene», dice.

Este libro es una lectura sólo apta para soñadores.

ANTONIO G. ITURBE